

RESEÑA BIOGRÁFICA

DEL DOCTOR DON RAFAEL MARTINEZ Y MOLINA, CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

I.

Si algun curioso, ó afecto á las solemnidades universitarias, hubiera cruzado por la calle Ancha de San Bernardo el día 17 de Junio de 1853, á las dos de la tarde, habria llamado su atencion la fila de coches que enfrente del pórtico de la Universidad Central, esperaban la conclusion de algun acto académico que en aquel mismo instante debia tener lugar, en el magnífico salon de Grados de la primera Universidad del reino.

Si aguijoneado por la curiosidad, hubiese llegado al pié de su espaciosa escalinata, habria visto bajar, en ordenada procesion, los doctores de las diversas Facultades luciendo los variados colores heráldicos de sus borlas, y cerrando la marcha el rector del Claústro profesional, dirigirse todos al majestuoso local académico, en donde los acordes y armoniosos ecos de una brillante orquesta, indicaban que se acercaba el momento de inaugurar el solemne acto literario á que aludimos.

Finalmente, si atraído por este conjunto de impresiones, hubiera penetrado en el salon y tomado asiento entre el escogido público que honra esta grave, á la par que tierna ceremonia, hé aqui lo que fielmente habria presenciado.

Después de ir dos doctores del Claústro en busca del neófito y entrar éste seguido de su padrino en el salon, tomar ambos asiento, segun el ceremonial; y prévia la vénia del presidente, comenzar de esta manera el doctorado patrono, los títulos y merecimientos del nuevo graduando:

Excmo. Sr.: Tengo la envidiable honra de presentar á V. E. y al muy ilustre Claústro de esta Universidad Central, al distinguido doctor en medicina y cirugía don Rafael Martínez y Molina, quien no considerando bastante campo á su laboriosidad, constante é ilustrada, la difícil ciencia de curar en sus dos latísimas direcciones, en donde mi digno ahijado tiene ya alto y merecido concepto, ha querido franquear la frontera de los Alpes comarcanos, y explorando en las amenas regiones de las Ciencias naturales, cuanto útil y provechoso pudiera llevar al terreno de sus especiales conocimientos, le veis hoy llegar á este templo de la ciencia, rico en abundosa cosecha de hechos y de ideas, adquiridos á fuerza de reflexivo y perseverante estudio, para que os dignéis ceñirle la segunda corona doctoral, en Ciencias naturales, como justo premio á sus nuevos y altísimos merecimientos.

Ahora, permitidme que á grandes y condensados rasgos os trace, por segunda vez, el bosquejo biográfico-literario, de mi querido ahijado.

El doctor en medicina y cirugía, don Rafael Martínez y Molina, nació el año de 1817 en la histórica ciudad de Jaen: sus padres, don Francisco Martínez y doña Alfonsa Molina, aunque de posicion modesta, no escasearon medio alguno para proporcionar á nuestro digno candidato la instruccion fundamental de la primera enseñanza, grabando, sobre todo, en su tierno corazon, con la práctica diaria del hogar doméstico, las virtudes cristianas, en particular la modestia y la caridad, que tanto resaltan hoy en la vida privada y profesional de mi distinguido cliente.

Trasladado á Madrid, todavía en la tierna edad de la niñez, tuvo que vencer inmensas dificultades de todos géneros, para franquearse algun paso, aunque estrecho, á través del áspero y tenaz muro que halla siempre el obrero de la inteligencia, cuando sin más patrimonio que su fuerza de voluntad y sin otra piqueta que las gotas de sudor de su cerebro en vigilia, forma tenaz empeño en perforar con ideas acumuladas la densa y dura losa que le separa de la prosperidad y de la gloria.

Vencido este primero y colosal obstáculo de la vida social, pronto recorrió mi ahijado con paso de gigante

el largo trecho que mediaba entre su modesto asiento de alumno aventajadísimo y el augusto sillón profesional. Bien es verdad, que las penetrantes miradas de águila de dos glorias quirúrgicas españolas, Argumosa y Fourquet, pudieron ver, frente á frente, en los rayos de la nueva inteligencia de su digno heredero, al legítimo acreedor de su paternal cariño y constante proteccion.

Apenas concluidos los estudios médicos, vemos ya al licenciado Martínez Molina medir sus potentes armas en pública y reñida batalla científica, grabando sobre su ya laureado estuche anatómico, los nuevos timbres nobiliarios de ayudante disector. Posteriormente, y animado siempre de ese móvil insaciable de laboriosidad que sienten los que, como nuestro compañero, todo lo fian al esfuerzo de sí propios, emprendió y llevó á feliz término las traducciones con notas de la Patología Quirúrgica de Nelaton y del Tratado de operaciones de Guerin, en cuyas obras, hoy en manos de todos los escolares, pueden admirarse dos bellísimas cualidades que el sabio traductor refleja en alto grado; científica la una y moral la otra; conviene á saber: bajo el modesto atavío de notas, sus grandes condiciones de eminente cirujano teórico-práctico, y citando con justicia y veneracion á su ilustre maestro, el grande Argumosa, demuestra su noble corazon, pues rinde un tributo de reconocido respeto al profesor y al amigo; rasgo noble, de que sólo son capaces las almas dignas y honradas.

Prolijo al par que molesto seria, en este instante, enumerar todas las notables pruebas de capacidad que en los difíciles cuanto variados senderos de las ciencias médicas, ha dado el doctor Martínez Molina; pero séame permitido, al ménos, citar algunas que han hecho época en la facultad de medicina: me refiero á las preparaciones de diseccion, especialmente la del nervio *trispánico*.

Operador sereno y consumado, se le ve caer rápido como el relámpago y blando como la pluma, sobre el foco que ha de extirpar ó el miembro que ha de excindir, y una vez fijo en él, con precision matemática, no abandonar el campo sin llevar por delante cual trofeo de gloria conquistado con el filo de su seguro cuchillo, el efecto y muchas veces la causa de la grave enfermedad que de este modo alivia ó cura radicalmente.

Vedle si no practicar una y cien veces, con rapidez y seguridad indecibles, la delicada operacion de la talla ó la extirpacion de un pecho: miradle con qué tranquilidad espera sonriendo, quizá por el presentimiento de la segura victoria, el instante crítico en que ha de actuar: entónces es cuando empuñando casi un cortaplumas, se le ve luchar y vencer, hábil y denodado campeón, al enemigo parapetado y traicionero, origen del mal.

Mas ahora noto, que arrastrado por el recuerdo de los triunfos médicos del doctor Martínez y Molina, he retrocedido á su antiguo campo de glorias, olvidándome del que hoy cultiva con igual fruto y como complemento de aquel: aunque algo tarde, procuraré enmendar mi involuntario error, en lo que todavía me resta que ocupar vuestra benévola atencion.

Las ciencias naturales, que tan vasto horizonte abren en la inteligencia inculca del hombre, que tantas ideas luminosas hacen brotar en el cerebro humano, que cual otros tantos faros fijan en cierto modo el derrotero de nuestros limitados conocimientos por los ignotos mares del universal saber, han completado indudablemente la sólida educacion científica, que hoy posee y con creciente gloria utiliza, mi distinguido candidato.

La historia natural, en sus tres bellas cuanto interesantes ramas de mineralogía, zoología y botánica, y sus dos hermanas la física y la química, han sido cultivadas con prolíja solicitud y notable aprovechamiento, por el doctor Martínez Molina; en particular la última ciencia, tan relacionada con su profesion, ha sido objeto de un estudio más detenido, siguiendo con su constancia habitual, y por espacio de cuatro años consecutivos, el curso de química general de la Facultad de Ciencias.

La manera tan hábil é ilustrada con que maneja la terapéutica y la higiene, el doctor Martínez Molina demuestra, entre otros varios modos, el provechoso uso que de esta ciencia, fundamental hoy para la medicina moderna, ha sacado en su práctica profesional.

No deseo fatigar vuestra atencion, detallando minuciosamente todos los pasos que el distinguido graduando ha dado, año tras año, en su segunda carrera de las ciencias naturales, emprendida y terminada en una edad en que generalmente se deja el estudio, teniendo que sacrificar un tiempo precioso y recursos materiales, adquiridos á costa de mil penalidades en su verdadera profesion utilitaria.

Debo anticipar, sin embargo, un hecho característico de mi amigo, y es que jamás ha dejado ni dejará de estudiar mientras viva: por lo ménos convendréis conmigo en esta afirmacion, viéndole todos los días y á la misma hora, ilustrando gratuita y privadamente en su casa la novel inteligencia de los tiernos hijos de Esculapio. Esta sola cualidad, nos revelan ya en él dos grandes virtudes; la modestia y la conciencia profesional.

Antes de dar fin á mi honrosa mision, séame permitido daros á conocer á nuestro personaje científico, en un terreno nuevo, en donde nadie que le vea y oiga de ordinario, puede creer que raye á tanta altura: aludo á su indisputable mérito como escritor elegante, filosófico y hasta poético. Permitidme que, para demostrar mi aserto, elija al acaso en la misma erudita memoria que en breve os leerá y que tiene por objeto «investigar las relaciones que unen al hombre con los seres que le rodean,» cualquiera de sus bellísimos periodos; por ejemplo, aquel en que discutiendo sobre el influjo que ejerce en el organismo humano, bajo sus dos aspectos físico y moral, el medio en que nace, vive y se desarrolla el hombre, se expresa de la manera siguiente:

«Los felices climas del Mediodía, son la cuna de esos genios fecundados por el fuego del sol. En los países de la Grecia y de la Italia, tan favorables á las bellas artes, á la música y á la poesia, es donde se desarrollan inteligencias mucho más vivas y penetrantes que las de otras naciones, influidas por un ambiente frio ó rodeadas de una atmósfera sombría ó nebulosa. ¡Cuánto mejor dispuesto no está nuestro espíritu, en los bellos días del estío, que en los tenebrosos del invierno! El ánimo decae y la inteligencia se embota por la tarde y por la noche, al paso que goza de cierta vivacidad por la mañana cuando el sol domina el horizonte, como si el alma fuera una lámpara que se encendiera sólo con la presencia de aquel astro. Si no hubiera luz solar, es muy probable que la especie humana ó no existiría, ó vegetaria en un estado de imbecilidad, comparable al de los animales oscuros, oculta en las cavernas de la tierra y sumida en un continuo letargo.

«Recórranse todas las creaciones organizadas que pueblan la tierra, y se las verá sometidas, mientras dura su vida, no sólo á la accion de los climas permanentes de cada region, sino tambien al imperio de ese movimiento perpétuo de estaciones, especies de climas pasajeros que visitan sucesivamente las regiones de este globo, y que arrastran en su círculo constantemente renovado, á todas las existencias. ¡Qué escenas, en efecto, tan variadas nos presenta la superficie terrestre en la revolucion del año y en la sucesion de las estaciones entre los seres que ocupan las latitudes medias! Apenas el sol de primavera asciende sobre el horizonte boreal, para avanzar hácia el trópico de Cáncer, cuando todos los gérmenes se desarrollan y despliegan; el árbol brota y el boton florece, la nueva planta sale de la tierra, abriendo con timidez sus primeras hojas, al soplo del céfiro suave; el insecto rompe las envolturas de su huevo, ó los lienzos que le fajaban en el estado de crisálida, y el reptil aletargado se despierta y despoja de su árida epidermis para presentarse brillante á las bodas de la naturaleza. Por eso los poetas han celebrado á porfia en sus cantos á la primavera, porque es la aurora de la naturaleza, el reinado de las flores, la juventud del año y la época en que la tierra abre su fértil